

SAUL MARTÍNEZ-HORTA

Neuropsicología de la vida cotidiana

A man wearing a brown button-down shirt and a dark bowler hat. A large, white, fluffy cloud obscures his face, with the title text overlaid on it. The background is a soft-focus sky with greenish-tinted clouds.

¿Dónde están las llaves?

SAUL MARTÍNEZ-HORTA

Neuropsicología de la vida cotidiana

¿Dónde están las llaves?

SUMARIO

Prólogo	11
PRIMERA PARTE: LOS OLVIDOS COTIDIANOS	
1. ¿Nos conocemos?	23
2. En la punta de la lengua	39
3. ¡No fue así!	47
4. ¿Dónde están las llaves?	61
5. ¡Yo ya he vivido esto!	67
6. ¿Qué diantres he venido a hacer a la cocina?	75
SEGUNDA PARTE: LAS NORMALES PERCEPCIONES ANORMALES	
7. ¿Me has llamado?	95
8. Apariciones nocturnas	109
9. Presencias	117
10. Viajes astrales	127
11. Otras visiones complejas	139
TERCERA PARTE: DE LA BONDAD Y DE LA MALDAD DEL SER HUMANO	
12. Cubatas, rayas, enfados y violencia cotidiana	159
13. Violencia al volante	177
14. Yo nunca lo haría	187
CUARTA PARTE: INTUICIÓN, CLARIVIDENCIA Y OTRAS EXPERIENCIAS EXTRAÑAS	
15. La magia cerebral de la intuición	205
16. Las predicciones del futuro	217

17. El túnel	229
18. Los hombres lobo	237

QUINTA PARTE: PEQUEÑAS CURIOSIDADES,
MITOS Y VERDADES

19. Usamos el 10 % del cerebro	251
20. El cerebro diabólico del niño y del adolescente	255
21. Sofá, peli y manta o viaje mochilero al Everest	261
22. La demencia senil no existe	267
24. El TDAH es un invento de las farmacéuticas	271
25. Las enfermedades mentales no existen	279

Epílogo	287
Para saber más	291
Créditos	295

PRIMERA PARTE

LOS OLVIDOS COTIDIANOS

Uno de los motivos de consulta que nos llegan con mayor frecuencia tiene que ver con la impresión subjetiva de que falla la memoria. Lamentablemente, en no pocas ocasiones el examen exhaustivo de las personas con quejas subjetivas de pérdida de memoria o de quienes sus familiares tienen la impresión de que la memoria les está fallando deriva en el diagnóstico de procesos irreversibles que todos tememos profundamente. Somos nuestro conocimiento, una cascada de recuerdos actualizados continuamente al momento presente que dan coherencia al individuo y a la realidad que le rodea. Yo soy yo ahora, y ahora es hoy en este lugar, y este lugar lo conozco y por eso, aquí, hoy y ahora, me acompañan estas y no otras personas.

La desintegración de la memoria puede suceder a distintos niveles y como consecuencia del compromiso de distintos procesos. No es lo mismo no poder acceder a un conjunto de recuerdos que están almacenados que haber perdido el almacén de los recuerdos. De igual modo, no es lo mismo confundir a una persona, un lugar o un momento por haber recordado como actual un evento pasado que transformar profundamente el instante en el que vivimos porque, en ausencia de recuerdo, nuestra mente haya fabulado una realidad de fantasía para dar sentido a ese instante.

La *anamnesis*, ese ejercicio de recopilación de información que hacemos con aquellas personas que nos consultan

cuando empezamos la visita, nos aporta datos extremadamente valiosos acerca de la fenomenología o el aspecto que adquiere para el individuo que lo experimenta lo que nos intentan transmitir a través de las palabras. La experiencia, en muchas ocasiones, nos permite entrever ya durante esta fase de recopilación de información que el tipo de fenómeno que nos refieren no parece benigno. Pero, de igual modo, es frecuente que lo que nos cuentan las personas no anticipe malignidad desde la perspectiva de las enfermedades del cerebro y que, por el contrario, forme parte de procesos normales. Son experiencias molestas, que pueden llegar a preocupar, que no se explican desde la alteración cerebral mediada por la patología, pero que fácilmente se pueden entender desde la óptica de esos pequeños fallos del sistema que pueden estar propiciados por otros factores o simplemente suceder sin más.

Esto significa que, en efecto, muchos aparentes fallos de la memoria no tienen por qué ser necesariamente indicadores de una enfermedad. A pesar de ello, siempre defenderé que no se debe banalizar ningún signo potencialmente sugestivo de compromiso cerebral ni considerar, sin más, que todo es explicable como consecuencia de la edad. Por ello, tanto porque merece la pena valorar lo que se puede hacer para mejorar estos síntomas aun cuando suceden en ausencia de patología cerebral, como porque en ocasiones, lamentablemente, anticipan el inicio de un proceso más complejo, siempre merecerá la pena consultar con un experto a efectos de entender por qué está sucediendo lo que está sucediendo.

¿NOS CONOCEMOS?

Me considero un absoluto experto en tener una de las experiencias más vergonzosas y estresantes que se puedan vivir en cuanto a la interacción con otras personas. En infinidad de ocasiones, me he encontrado en esa situación tan común en la que alguien se nos acerca saludándonos por nuestro nombre con efusión mientras internamente nosotros lidiamos con, por un lado, un torrente de pensamientos en forma de «Ostras, pero ¿quién es? ¿La conozco? Me suena un montón... ¿pero de qué la conozco?» y, por otro, con la selección de todo un repertorio de teatro con el cual conseguimos manejar y capear la situación simulando que sabemos quién es la persona que tenemos enfrente.

A lo largo de nuestra evolución nos hemos encontrado con distintos retos y peligros donde la capacidad de adaptación ha jugado un papel fundamental para propiciar la supervivencia de nuestra especie. La habilidad para reconocer con precisión y velocidad los elementos que nos

encontramos en el mundo externo y para incorporar en nuestra memoria el conocimiento de lo que son las cosas que están ahí afuera ha constituido, sin duda, un factor crucial para nuestra supervivencia. Es fácil de entender: diferenciar una planta comestible de otra que no lo es o a un animal potencialmente letal de otro inofensivo implica consecuencias más que obvias. Evidentemente, para llegar al punto de haber incorporado esta capacidad muchos tuvieron que sucumbir al experimento de prueba y error, pero esa es otra historia.

El conocimiento semántico, esto es, el saber o conocer el significado implícito en los conceptos y en los objetos, nos permite a todos saber que una casa es una casa y para qué sirve una casa, a la par que facilita a todo el mundo que al ver una cuchara sepan que se llama cuchara, para qué sirve y cómo se usa. Este proceso lo realizamos sin necesidad de profundizar, siempre y cuando la calidad del «estímulo» sea lo suficientemente buena. Si la cuchara es reconocible por su forma o porque hay suficiente luz en el entorno, en unos doscientos milisegundos nuestro cerebro la habrá reconocido. Esta brutal eficiencia es consecuencia de que las características esenciales que configuran aquello que con mayor probabilidad es una cuchara las hemos incorporado en nuestra memoria semántica. De este modo, cuando a lo largo de las primeras etapas del procesamiento visual empiezan a procesarse los atributos de lo que estamos viendo, por ejemplo, su configuración en el espacio y la forma que tienen, se activa en nuestra memoria semántica aquello que es más previsible o esperable que case con dichos atributos, en este caso, una cuchara. Curiosamente, en ausencia de un déficit visual, si una persona padece una lesión en alguna de las áreas cerebrales que contribuyen al procesamiento visual o en alguna de las estructuras que afectan a la memoria semántica, la persona verá el objeto,

pero no podrá reconocer lo que es, dando lugar a un síntoma que denominamos *agnosia visual* y que es muy distinto a cuando la persona reconoce el objeto y sabe lo que es, pero es incapaz de acceder a su nombre.

Desde las etapas más iniciales de nuestra historia evolutiva hemos sido animales sociales que han convivido en grupo. Pero nuestra convivencia no ha sido nunca fácil y, precisamente, unos de los depredadores más obvios a los que se ha enfrentado, y sigue enfrentándose, el ser humano son otros seres humanos. Por ello, la capacidad de reconocer rostros humanos adquirió algo así como un lugar privilegiado en la configuración de la estructura y función cerebrales. Tanto es así que en la región inferior del lóbulo temporal derecho, en una estructura que denominamos *giro fusiforme*, existe una región —conocida como *giro fusiforme facial*— exclusivamente dedicada al procesamiento de las caras que conocemos. Este territorio cerebral tan especializado en el procesamiento de las caras permite que, en torno a los ciento setenta milisegundos tras exponernos a un estímulo cuyas características físicas integran los elementos propios de un rostro, el cerebro ya haya percibido un rostro y haya puesto en funcionamiento los procesos necesarios para reconocerlo. De este modo, rápidamente podemos acceder al significado del conjunto de atributos tales como si es hombre o mujer, si lo conocemos o no, si nos transmite confianza o no, etcétera. Del mismo modo que sucede con las agnosias visuales, la lesión selectiva del giro fusiforme facial da lugar a una curiosa manifestación neuropsicológica conocida como *prosopagnosia* y que básicamente se traduce en que las personas afectadas no son capaces de procesar las caras y, en consecuencia, experimentan los rostros más familiares como desconocidos e, incluso, no llegan a ver las caras como caras, sino como superficies lisas o descompuestas, mientras que pueden reconocer cualquier otro tipo

deobjeto sin problemas. Además, precisamente debido a la especialización del giro fusiforme facial en el reconocimiento de caras de manera automática, con suma facilidad, prácticamente nadie puede evitar ver caras en objetos que, en realidad, no lo son, pero que tienen elementos organizados de un modo parecido a una cara, dando lugar a lo que denominamos *pareidolias faciales*.



Este ejemplo ilustra el fenómeno de las pareidolias faciales. El objeto no es realmente una cara, pero la disposición de los elementos que lo componen hace que nuestro cerebro lo considere una cara.

¿Es por lo tanto el mecanismo que explica por qué en ocasiones no sabemos de qué conocemos a una persona o cuál es su nombre algo similar a una forma de prosopagnosia? La respuesta es que no, o, al menos, habitualmente no.

Existen casos de prosopagnosia idiopática de nacimiento, es decir, sin que exista una causa conocida la persona presenta claramente un déficit para procesar y reconocer los rostros. Del mismo modo, se dan trastornos

transitorios de la percepción de las caras en procesos como pueden ser ciertas formas de migraña o de epilepsia. Un ejemplo de ello lo viví hace algunos años estando de viaje, cuando, mientras hacíamos tiempo mirando la sección de meteorología en el televisor, mi gran amigo Carlos empezó a esbozar un rostro de asombro mientras miraba al hombre del tiempo, mientras hacía esta apreciación:

—¿Qué le pasa a este señor en la cara? ¡Tiene la cara muy rara...! ¿No lo veis?

Obviamente, las facciones del pobre hombre del tiempo eran absolutamente normales. Entonces Carlos añadió:

—¡Oh, me está volviendo a suceder como hace tiempo! Parece una cara pintada por Picasso... No tiene la nariz donde toca, los ojos se han movido... Está totalmente deformado.

Pocos minutos después un tremendo dolor de cabeza se apoderó de Carlos. Era un aura en el contexto de un episodio de migraña que asociaba, antes de la aparición del dolor, una serie de alteraciones perceptivas a nivel visual.

Pero, habitualmente, sean prosopagnosias adquiridas tras un daño cerebral o en el contexto de un proceso neurodegenerativo, sean idiopáticas de nacimiento o sean trastornos transitorios de la percepción, en la gran mayoría de los casos de prosopagnosia se comparte un mismo fenómeno y es que, a través de las características de la voz, las personas reconocen a quien tienen enfrente. Justamente esto es algo que no nos sucede a los que con frecuencia lidiamos con el evento que he descrito al principio, además de que las caras y sus características las vemos perfectamente. Por lo tanto, esas experiencias tan habituales como estresantes de no saber quién es la persona que nos saluda no son prosopagnosias como tales.

Los seres humanos nos exponemos continuamente a una ingente cantidad de información que proviene tanto del contexto en el que nos desenvolvemos como de las

imágenes, palabras, sensaciones e ideas que generamos en nuestra mente. Es evidente que el cerebro no procesa del mismo modo todos los eventos que suceden. Hacerlo supondría un esfuerzo inalcanzable que, sin duda, rápidamente saturaría el sistema. Por el contrario, los seres humanos tenemos la capacidad de seleccionar aquello que debe ser procesado con mayor profundidad y eso lo hacemos a través del despliegue de un proceso cognitivo bien conocido por todos: la atención.

Atender a un estímulo no es otra cosa que dirigir los recursos cognitivos disponibles a un elemento en particular mientras que el resto de los elementos del entorno se procesan de un modo más superficial. El ser humano, a diferencia de otros animales, tiene la capacidad de seleccionar y de mantener la atención sobre un estímulo de su elección, aunque, por más que nos esforcemos en ello, determinados sucesos en nuestro entorno, especialmente si son aparentemente relevantes, son capaces de provocar la reorientación involuntaria de nuestra atención sin que lo podamos evitar: la distracción. Por ejemplo, mientras estamos leyendo este texto mantenemos la atención dirigida al contenido de estas páginas y a las ideas que suscita lo que voy contando. Pero, si en este preciso instante sonase el timbre de casa u oyésemos un grito de la calle, inevitablemente nuestra atención se redirigiría hacia esa situación novedosa.

Esta disposición para distraernos de manera inevitable a pesar de estar controlando nuestra atención sugiere que existen otro tipo de procesos atencionales distintos de los que controlamos voluntariamente que, por su cuenta, evalúan sin que seamos conscientes de ello lo que está sucediendo fuera de nuestro campo atencional. De este modo, como si de un supervisor se tratase, mientras estamos inmersos en determinadas tareas que requieren el despliegue

de grandes recursos cognitivos no dejamos de supervisar a otro nivel lo que va sucediendo ahí fuera. Se trata de un claro sentido adaptativo, porque invertir ingentes recursos cognitivos sobre un estímulo en concreto nos convertiría en una presa demasiado fácil si ello implicase dejar de atender a todo lo demás.

La supervisión atencional por debajo del nivel o del umbral de la consciencia explica dos fenómenos relativamente habituales que, por qué no, forman también parte de la neuropsicología de la vida cotidiana. Este sistema de supervisión atencional está formado por un conjunto de estructuras cerebrales que configuran lo que denominamos *red atencional ventral*. Dado su carácter primitivo y su función de supervisión y alerta, este sistema o red atencional no participa activamente y de manera elaborada en la reconstrucción del significado de los estímulos que recibimos. Ello significa que esta forma de atención inmediata se da en ausencia de reconocimiento explícito de lo que ha sucedido o de lo que nos ha distraído, pero, en contraposición, nos hace reaccionar con suma velocidad a un eventual peligro. Y es que invertir tiempo reconociendo, valorando o evaluando riesgos, beneficios u opciones resulta poco adaptativo cuando el peligro es real e inminente. Es por ello por lo que, por ejemplo, las madres primerizas son capaces de dormir plácidamente aun cuando una infinidad de ruidos ametrallan sus oídos, o son capaces de mantener la atención en la lectura o en una serie aun cuando su bebé no hace más que corretear revolviendo toda la casa. Pueden mantener el sueño o la atención sin dificultad, pero el mínimo sonido que sugiera que algo pasa con el bebé, sea el inicio de un llanto o un sonido fuera de la caótica pero regular tormenta de ruidos que realizaba este, movilizará inmediatamente todos sus recursos o la despertará de

golpe. Por otro lado, posiblemente a todos alguna vez nos haya sucedido que, por ejemplo, mientras nos manteníamos dedicados a una tarea rutinaria y centrábamos en ella nuestra atención, como sacar los platos del lavavajillas o caminar leyendo algún mensaje en nuestro teléfono móvil, hemos esquivado con una agilidad increíble que incluso nos ha hecho pensar que somos *ninjas* la esquina de una puerta abierta del armario de la cocina o el canto de una señal de tráfico a la altura de nuestra cabeza. ¿Quién lo ha esquivado, si estábamos prestando atención a otra cosa? Obviamente, nosotros, pero no desde la consciencia, sino a través de este sistema atencional supervisor primitivo que desencadena la movilización de los recursos necesarios para evitar hacernos daño aun cuando no hemos llegado a ser conscientes de qué era lo que nos podía hacer daño.

¿Y qué tiene que ver todo esto con la maldita experiencia de no recordar el nombre de esa persona? Pues tiene mucho que ver, puesto que, en la mayoría de los casos, el elemento o proceso central que explica este fenómeno es, en esencia, la atención.

Para que la información que existe en el mundo externo llegue de algún modo a convertirse en un recuerdo es necesaria toda una serie de pasos o procesos sustentados por distintos sistemas neuronales. Si todo ello sucede, construiremos y almacenaremos una nueva forma de conocimiento que, *a priori*, estará disponible para ser recuperada en otro momento en forma de recuerdo. Pero, para que todos estos procesos puedan realizar su trabajo, existe un paso previo indispensable: no podemos aprender aquello a lo que no prestamos atención y la profundidad con la que procesamos aquello a lo que atendemos juega un papel central en la calidad de la información almacenada y en el recuerdo.

Muchas personas acuden a nuestra consulta refiriendo problemas de memoria que básicamente describen como episodios en los que «no sé de qué conozco a la persona» o fenómenos similares del tipo «es que a veces mi jefe me dice que tengo que hacer algo y luego me doy cuenta de que se me ha olvidado». En muchos de estos casos, cuando tenemos claro que no hay otros problemas relacionados, suelo explicar a las personas que los refieren que para que el olvido se produzca como tal debe cumplirse una premisa fundamental: la información debe haber sido previamente almacenada. Esto significa que, en muchos casos, la impresión de olvido es solo eso, una impresión, puesto que, en realidad, la información que creemos haber olvidado nunca se aprendió y, precisamente, no se aprendió porque no se le prestó suficiente atención.

Las relaciones interpersonales, la vida social y el tipo de interacción que mantenemos los seres humanos en las sociedades occidentales constituyen básicamente una tormenta de estímulos provenientes de una infinidad de contextos distintos. Están las personas que forman parte de nuestro círculo habitual, las que formaron parte de una parcela de nuestra vida hace tiempo, luego están las que trabajan con nosotros, las que conocemos espontáneamente, las que nos presentan los amigos o las que coinciden con nosotros en una reunión. Todas estas personas nuevas se presentaron o nos las presentaron, nos dijeron sus nombres e incluso interactuamos con ellas. Pero en muchos casos, seamos sinceros con nosotros mismos, estábamos pendientes de otras cosas y desplegamos una cadena automática de buenas maneras y de conducta socialmente aceptable para, simplemente, no quedar mal.

La memoria episódica, esa capacidad que tenemos para aprender momentos, lugares, emociones, detalles o el

contexto en el que sucedieron determinados eventos o episodios de nuestra vida, emplea distintos elementos para construir y recuperar los recuerdos. Uno de los más obvios, además del contenido emocional, es el contexto. De este modo, es más fácil recordar a algunas personas cuando las situamos en un contexto, a la par que nos resulta más fácil acceder a ciertos recuerdos, por ejemplo, el nombre o el tono de una canción, recordando quién la cantaba o dónde la escuchamos por última vez.

En muchas ocasiones, a estas personas que de pronto tenemos delante de nosotros sin saber quiénes son ni cómo se llaman las conocimos en un contexto totalmente distinto al que de pronto nos ocupa. En ausencia de estas pistas contextuales, a pesar de que por el buen trabajo realizado por nuestro giro fusiforme facial y por los sistemas de aprendizaje más primitivos nos resultan familiares, somos incapaces de recordar quiénes son. En estos casos, si hacemos un valiente ejercicio de sinceridad y le reconocemos a la persona que no nos acordamos de ella y esta persona nos empieza a dar pistas, podemos ir descubriendo poco a poco cómo la vamos situando en algún lugar de nuestra memoria episódica y también cómo, a pesar de que algunos elementos como su nombre sigan sin aparecer (porque jamás los aprendimos), empezamos a poder ubicar a esa persona en un momento de nuestra vida.

Además, la información tiende a distorsionarse y a olvidarse conforme pasa el tiempo, especialmente cuando no es relevante o cuando no se usa. Así, sin el refuerzo que supone ir reactivando un recuerdo, es fácil que este se vaya fragmentando y difuminando conforme pasa el tiempo. Dicho de otro modo, si no alimentamos nuestros recuerdos recordándolos, es fácil que terminen por desaparecer. Y esto es relevante en el caso que nos ocupa, puesto que, en

muchas ocasiones, a la persona en cuestión cuyo nombre no recordamos no la hemos recordado nunca más después de esa primera o quizás única interacción. Exponernos de nuevo a ella y sentir cierta familiaridad, en ausencia de un recuerdo elaborado, nos provoca extrañeza, cuando la realidad es que, atendiendo a que nunca volvimos a alimentar el recuerdo de esa persona, no recordarla bien es lo más normal del mundo.

Evidentemente, merece la pena recalcar que el modo como vivimos y hacemos frente a un entorno que nos bombardea continuamente con estímulos no facilita para nada el trabajo a nuestra limitada capacidad atencional y, en consecuencia, eso tiene un aparente impacto en nuestra memoria, a pesar de que esta funciona perfectamente.

De hecho, a diferencia de lo que mucha gente suele pensar, la memoria no es selectiva. Cuando existe algún proceso serio que compromete los sistemas neuronales que sustentan la capacidad de aprender y de recordar, los fallos de memoria los vemos en múltiples esferas de la vida de la persona y de manera persistente. Lo que difícilmente sucede es que la memoria fracase espontáneamente o solo en determinadas situaciones, como podría ser para reconocer las caras de algunas personas.

Entonces, ¿qué podemos hacer para evitar estos aparentes fallos de la memoria? En esencia, ser conscientes de que la atención juega un papel central en la formación de la memoria y que, por ello, si no nos aseguramos de haber procesado con una mínima profundidad la información, convertimos el proceso en algo fácilmente susceptible de fracasar.

—Pero, doctor... ¡A mí esto antes no me pasaba!

—Claro, no le pasaba cuando no convivía con una cantidad ingente de estímulos a su alrededor y con múltiples variables que fácilmente comprometen la ya de por

sí limitada capacidad de nuestra atención, como son la fatiga, el estrés, el descansar mal y el hacer o estar pensando en más de mil cosas a la vez.

A pesar de ello, a pesar de la habitual benignidad de este fenómeno, en ocasiones tanto los olvidos selectivos de personas, de palabras o de lugares, como, al revés, la aparente gran facilidad para reconocer a mucha gente reflejan un proceso patológico de base.

Hace algunos meses, visité a un importante notario de Barcelona. Era un hombre joven, que se había dejado la piel para sacarse unas oposiciones de notario a una edad que ya quisieran muchos. Por lo tanto, resultaba incuestionable que era una persona con una capacidad cognitiva y un funcionamiento de la memoria posiblemente excepcionales desde siempre. Pero, desde hacía algunos meses, presentaba algunos episodios que describía como fenómenos de amnesia para sucesos muy concretos y autolimitados en el tiempo. Por ejemplo, había viajado hacía un par de años a Nápoles y recientemente, por motivos lúdicos, volvió a viajar a la misma ciudad con sus amigos, quienes se quedaron sumamente extrañados cuando les dijo:

—¡Qué bien ir a Nápoles! Es una ciudad que siempre he pensado que me encantaría conocer.

Por algún motivo que posteriormente descubriríamos, el evento «viaje a Nápoles» se había evaporado de su memoria. Este mismo fenómeno había ido sucediendo con otros acontecimientos más o menos relevantes, dando lugar a algo que él dibujó en una hoja de papel y que ayudaba mucho a entenderlo. Trazó una línea y dijo que eso era el tiempo, y segmentó esa línea en espacios más o menos largos de tiempo, algunos podían ser horas; otros, días; otros, segundos. Dibujó parcelas de distinto tamaño que representaban situaciones de su vida que ha-

bían sucedido a lo largo del tiempo, luego tachó algunas de estas parcelas y explicó:

—Esto es lo que me pasa, algunos eventos han desaparecido completamente.

Además de hacer referencia a estos sucesos, explicaba que, en paralelo, había ido presentando otro tipo de episodios igualmente autolimitados en el tiempo, de segundos de duración, que se caracterizaban por una sensación de desconexión, por ser incapaz de hablar y de pensar durante algunos segundos, sin perder el conocimiento, pero volviendo a la normalidad en un estado entre el estupor, la angustia y la completa desubicación que poco a poco iba desapareciendo.

En realidad, estos episodios eran crisis parciales, una forma de epilepsia que se le presentaba inicialmente en el lóbulo temporal y que extendía su actividad hacia las áreas frontales, pero sin llegar nunca a desencadenar las crisis tónico-clónicas que mucha gente identifica cuando piensa en una crisis epiléptica. Estas crisis estaban sucediendo en una región crítica en lo relativo a la formación y la recuperación de los recuerdos. Ello hacía pensar que, posiblemente, alguna de estas crisis había propiciado la desintegración de los recuerdos o la posibilidad de acceder a ellos sin alterar la configuración de todo lo demás. En esencia, lo que le sucedía a esta persona forma parte de los fenómenos que conocemos como *déjà vu* y que más adelante comentaré. A diferencia de esa típica sensación de «ya vivido» que acompaña a lo que llamamos *déjà vu*, lo que esta persona experimentaba era una forma conocida como *jamaïs vu*, que básicamente define la experiencia de no recordar haber vivido o visto algo que, en realidad, sí que se ha vivido.

Un fenómeno muy distinto, al que nadie había dado demasiada importancia, es el que me presentó otro paciente aquejado por lo que parecía ser el principio de un

proceso neurodegenerativo. Del conjunto de síntomas que su esposa me estuvo explicando de manera espontánea, y tras mis preguntas específicamente dirigidas, había uno en particular que era muy curioso. Partiendo de la premisa de que no es infrecuente que en determinados procesos neurodegenerativos se desarrolle prosopagnosia, pregunté por este síntoma. Pero la respuesta de su esposa fue la siguiente:

—¡Para nada, doctor! No es que no reconozca o no recuerde a la gente... ¡Es que saluda a todo el mundo porque cree que los conoce!

En efecto, presentaba una evidente hiperfamiliaridad con respecto a los desconocidos y experimentaba con total convicción el sentimiento de que conocía a todas las personas. De hecho, me explicaron que, de camino a la consulta, mientras esperaban en un semáforo, empezaron a bajar decenas de turistas de un autobús y él se dedicó a saludarlos a todos efusivamente como si los conociese de toda la vida. Este síntoma, conocido como *trastorno de hiperfamiliaridad para rostros*, es una manifestación poco frecuente, pero cuando se presenta suele ser secundaria al compromiso de ciertas regiones del lóbulo temporal, y es por ello que puede observarse con mayor frecuencia en ciertas formas de epilepsia del lóbulo temporal o en procesos neurodegenerativos con afinidad por esta región cerebral.

Ambos escenarios describen realidades muy distintas a las que, de manera totalmente benigna y aunque nos puedan llegar a preocupar, suceden en muchos casos como consecuencia de los fallos relativos a los procesos atencionales y cómo ello repercute sobre la calidad de los recuerdos. No estamos hechos para conocer ni mucho menos para recordar a todas las personas con las que interactuamos. De hecho, resulta tranquilizador pensar que, en muchas otras ocasiones, nosotros hemos sido para los demás ese rostro

desconocido. Normalizar las limitaciones de nuestro funcionamiento neuropsicológico no debería suponer un problema, sino todo lo contrario, debería permitirnos desplegar recursos para compensar estas limitaciones.

Así que, en mi caso, en determinadas ocasiones me permito el lujo de avisar a las personas que me presentan o con las que convivo durante algunos días de que existe una alta probabilidad de que cuando los vea de nuevo en otro contexto no me acuerde de quiénes son. Da la misma vergüenza, pero lo vivo como algo menos traumático.